

portante en los primeros meses de la Restauración, por conectar la cultura española con la cultura europea al margen ya de la anterior tarea de los krausistas. Ensayos de divulgación, quieren poner sobre el tapete un temario de debate al mismo tiempo que insinúan vías y caminos para entroncar con Europa a través de la indagación alejada de cualquier sistema porque —seguimos al profesor López Morillas— «los sistemas según Perojo, encarnan la infancia de la filosofía. Sólo cuando ésta apadrina la libre indagación puede asegurarse que ha alcanzado la edad viril»<sup>8</sup>.

En el primero de ellos, «Kant y los filósofos contemporáneos», aparecido en la *Revista Europea* (21-III-1875), afirmaba no querer sentar ortodoxias sino mostrar las diversas direcciones que había tomado el pensamiento alemán, partiendo para ello de una postura que no repugnaría el nombre de ecléctica:

Es verdad que existen variadísimas direcciones, y que éstas se caracterizan particularmente por el sello individual de cada uno de los pensadores; pero no es menos cierto que sólo un estado semejante del pensamiento puede realmente impulsar e incitar a los hombres profundos a dar mayor fuerza y solidez a sus obras y librarles de los estériles moldes del sectarismo. Cuando las escuelas filosóficas pierden fuerzas propias para competir unas con otras; cuando una sola ejerce la supremacía y ha cesado toda lucha con las que le disputaban sus conquistas; cuando, en fin, cae la libertad y sólo la autoridad rige tiránicamente al movimiento filosófico, éste deja de ser tal y no significa ya el trabajo libremente producido para la investigación de la verdad<sup>9</sup>.

De ello se colegía un rechazo del exclusivismo, aberrante camino para posibilitar la verdadera regeneración espiritual de España:

El exclusivismo, verdadero y acaso único error científico, reduce a tan pequeños límites las más amplias concepciones humanas, que es el peor de los guías que para nuestro caso podríamos tomar<sup>10</sup>.

Los restantes ensayos de Perojo tienen este mismo denominador común, que podemos definir como un afán de divulgación a la vez que un catalizador del debate cultural e intelectual. Así, en el que versa sobre Schopenhauer, —y que tenemos como uno, sino el primero, de los primeros asedios que en castellano se hacen al pensamiento del gran filósofo alemán— reconoce en la filosofía del autor de *Parerga y Paralipomena* la expresión de un momento de la cultura europea sin veleidades de totalidad pero con interés para la comprensión del estadio del que Perojo se sentía contemporáneo:

No somos nosotros los que creemos que la obra de Schopenhauer pueda ponerse a la altura de aquellas reformas que revuelven por completo la manera de ser de un pueblo y de una civilización, y que, con su presencia, establecen en la Historia una estampa imperecedera por la transformación que ocasionan, sino que la estimamos principalmente como la expresión psicológica de un momento de nuestra cultura contemporánea, y mejor aún, como un espejo, aunque parcial, que reflejara a las generaciones venideras gran parte de nuestra vida que de otro modo permanecería para ellos totalmente oculta, o a lo sumo atribuida a la fantástica imaginación de los poe-

<sup>8</sup> J. López Morillas: *El krausismo español*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1980; pág. 103.

<sup>9</sup> J. del Perojo: «Kant y los filósofos contemporáneos». *Revista Europea* (21-III-1875); pág. 86.

<sup>10</sup> J. del Perojo: «Kant y los filósofos contemporáneos». *Revista Europea* (21-III-1875); pág. 86.

tas. Este es, pues, uno de los valores que indudablemente hay que reconocer a Schopenhauer, y que, unido a la belleza y riqueza de su estilo, profundidad de pensamiento, constituyen tres cualidades, cultura histórica, estética y filosófica, las cuales no permiten su olvido, y le aseguran un puesto eminente entre los primeros pensadores de nuestros siglo<sup>11</sup>.

Por último, hay que advertir que los dos ensayos sobre «La antropología moderna en Alemania» (*Revista Europea*, 30-V y 6-VI-1875) se convierten, a su vez, en una de las más importantes contribuciones al desarrollo de lo que Alfredo Calderón había de llamar en una obra de 1879 «movimiento novísimo de la filosofía natural en España»<sup>12</sup> y en la que también participaban los krausopositivistas como González Linares, Salvador y Laureano Calderón. La posición de Perojo es en este terreno la de un nuevo, pero independiente, divulgador, pues si bien sus querencias neokantianas afloran, sin marcar definitivamente los ensayos, tal y como reconocía en un inteligente estudio González Serrano:

Partidario de la doctrina kantiana, sobre todo en su última evolución, la llamada neokantismo, fue el malogrado Revilla y ha sido y aún es propagador de las mismas ideas el Sr. Perojo<sup>13</sup>,

también es cierto que por estas fechas —momentos iniciales de la Restauración— «el darwinismo viene a ser en este período extensión positivista, de hecho el positivismo encuentra en él uno de sus mayores refuerzos»<sup>14</sup>, y, además, Perojo habilitará la biblioteca que lleva su nombre para que obras como *Historia de la creación natural* de E. Haeckel vean la luz con prólogos entusiastas de las nuevas corrientes como es el caso del que Estassen coloca al inicio de la presente edición de Haeckel.

### III

El impacto de los artículos de Perojo debe medirse por las reseñas que obtuvieron al publicarse inmediatamente componiendo el libro *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania*. Cuatro son las reseñas que de dichos artículos conocemos. Dos aparecieron en las revistas más prestigiosas de la España que vería nacer la *Revista Contemporánea*. Se trata del que Manuel de la Revilla publica en la *Revista de España* bajo el título de «El neo-kantismo en España» (29-XI-1875) y la que Rafael Montoro da a la luz en la *Revista Europea* el 11 de octubre de 1875. A ellas hay que sumar la que Leopoldo Alas publica en la sección «Libros y libracos» de *El Solfeo* (10 y 14-X-1875) y la que firma Urbano González Serrano en la prensa de la época y recoge posteriormente en su obra *Ensayos de crítica y de filosofía*<sup>15</sup>.

<sup>11</sup> J. del Perojo: «Arturo Schopenhauer». *Revista Europea* (16-V-1875); pág. 408.

<sup>12</sup> Alfredo Calderón: *Movimiento novísimo de la Filosofía natural en España*. Madrid, Medina, 1879. Más datos sobre este particular en el libro de Diego Núñez Ruiz: *El Darwinismo en España*. Madrid, Castalia, 1977. Puede completarse con los estudios de A.S. Porto Ucha: *La Institución Libre de Enseñanza en Galicia*. A Coruña, Ediciós do Castro, 1986 y de P. Faus Sevilla: *Semblanza de una amistad*. Epistolario de A.G. de Linares y F. Giner de los Ríos (1869-1896). Santander, Estudio, 1986.

<sup>13</sup> U. González Serrano: «La filosofía contemporánea». En pro y en contra (Críticas). Madrid, Lib. de Victoriano Suárez, 1894; pág. 11. González Serrano reconocía aún años después que era más importante el establecer divulgaciones del movimiento filosófico general que desarrollar un sistema único.

<sup>14</sup> F. García Sarria: «Introducción» a G. Alas: *El darwinismo (Conferencias pronunciadas en el Casino de Oviedo en los días 25 de febrero, 4 y 11 de marzo de 1887)*. University of Exeter, 1978; pág. XIII.

<sup>15</sup> Me ha sido imposible localizar la revista en la que González Serrano publicó la reseña del libro de Perojo. Sin embargo, fiándonos de la información de Clarín en su reseña de *El Solfeo*, la revista donde apareció el artículo de González Serrano debió ser la *Revista de Instrucción Pública*.

El análisis de Zoilito es el primero cronológicamente. Clarín empieza por trazar un recordatorio de la estancia de Perojo en Alemania para inmediatamente después certificar el decadente estado de la ciencia en España:

España, que si decadente en todo, alcanza, en lo que respecta a la ciencia libre —es decir, a la ciencia— el periodo más miserable, de más absoluta inopia<sup>16</sup>.

A continuación, Clarín, como tantas otras veces, desliza su pluma por la pendiente autobiográfica y recuerda con el tinte irónico que caracteriza muchas de sus colaboraciones en *El Solfeo* su llegada a Madrid para estudiar al lado de Giner, González Serrano, Camus, etc.:

Hasta que un día ocurrióseme asistir a las explicaciones de ciertos profesores, atraído por el demonio de la curiosidad. Tenían los tales una fama, que no parecía envidiable —después supe que lo era—, hasta mi pueblo habían llegado rumores que corrían acerca de estos misteriosos personajes. No se decía precisamente que se comieran los niños crudos; pero sí que vivían en comunión pitagórica, entregándose a ritos sacrilegos, y, sobre todo, corrompiendo el espíritu de la juventud con doctrinas que llevaban la confusión a la teología, que marcaban la lógica y dejaban el espíritu sin saber a qué atenerse. En resumen entré en esas cátedras; allí, sobre todo, se enseñaba esto: que la filosofía no es cosa de broma, que sea lo que sea la verdad, es preciso buscarla desde el principio, *sin dejarse atrás nada y sin admitir irracionales imposiciones*; que la ciencia es cosa para toda la vida, que no excluye el sentimiento, la religión, el arte, y es más, que se puede aprender filosofía sin libros de texto. Lo confieso, todo esto me enamoró. Caí en las redes tendidas por aquellos hombres, como otros amigos míos, muchos de los cuales, al cabo, desenredaron las mallas, y hoy viven libres y contentos. Yo no, siempre en mis trece<sup>17</sup>.

Cita larga que tiene, sin embargo, alta importancia: la de presentar a los maestros krausistas como adalides del mundo estudiantil de la generación de Alas, mostrando, a la vez, el valor que la filosofía que más que enseñar, predicaban, tenía para la vida y su cotidianidad.

Hace referencia Clarín a la Restauración y a la dureza con que los profesores krausistas fueron tratados durante la llamada «segunda cuestión universitaria»:

Sobrevinieron acontecimientos que todo el mundo sabe de memoria y aquel único agujero por donde la ciencia verdadera respiraba en España tapose a cal y canto<sup>18</sup>.

Lo que derivó en que, salvo excepciones, se paralizase el fervor por la ciencia y la filosofía europeas en España; parálisis que el libro de Perojo viene a romper o cuando menos trata de remover.

Entrando en el análisis de la obra —que Clarín reserva para el número de *El Solfeo* del 14 de octubre— el genial escritor asturiano decide, más que analizar la doctrina expuesta que, sin duda, se prestaría a discusión desde su óptica de joven discípulo del krausismo, subrayar la validez histórica de la tarea llevada a cabo por Perojo por varias razones que pasamos a indicar. En primer lugar, porque tiene una unidad de propósito, cual es:

<sup>16</sup> L. Alas: «Libros y libracos. Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania». *El Solfeo (10-X-1875)*. Preludios de Clarín, ob. cit.; pág. 17.

<sup>17</sup> L. Alas: «Libros y libracos. Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania». Preludios de Clarín, ob. cit.; pág. 17.

<sup>18</sup> L. Alas: «Libros y libracos. Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania». Preludios de Clarín, ob. cit.; pág. 17.